

Para Sergio Meier con una taza de té

Por Néstor Flores Fica

¿Escuchaste hablar alguna vez a Sergio Meier? Yo conversé muchas veces con él en varias de sus visitas a Valparaíso y a Viña del Mar. Nos reuníamos felices en un afortunado salón de té y, en un círculo conformado por Meier y otros amigos, bebíamos una larga y viajada taza de la soberana infusión. También asistí más de una vez a sus conferencias. En ellas, entre decenas de otras personas, lograba ver los rostros de los mismos aprendices de apóstol que lo escuchábamos alrededor del té. Y la diferencia fundamental entre una conversación con Sergio y una conferencia de Meier era, en efecto, la presencia o no de la taza de té, pues siempre, ya fuera hablando informalmente o en una prestigiosa universidad, el resultado era el mismo y terminaba admirando sus estelares conocimientos de literatura, de ciencia ficción y de física, aprendiendo algo y mucho de lo que alcanzaba a transmitirnos, y siempre con al anhelo de algún día aprender más. Creo que aquellos que se puedan sentir retratados como los apóstoles de Meier concordarán con lo que afirmo.

La mala suerte de aquellas reuniones hacía siempre que el último bus a Quillota partiera antes de que fuera satisfecha el hambre de saber un poco más de lo que Meier sabía mucho.

Meier era loco y era cuerdo. Pero su locura era la misma que añoramos los que alguna vez disfrutamos la admirable transmisión de sus brillantes conocimientos. La diferencia radicaba en que la locura de Meier era perfecta, y la nuestra es en sí un error, ya que Sergio lo era tanto como Lovecraft o Newton, a diferencia nuestra, que apenas alcanzamos para admiradores.

Aun así, su cordura era perfecta también. Sergio era equilibrado, amable, sonriente y profesional. Tan brillante podía ser el espectro que quedaba en nuestra memoria tras escucharlo, que sentíamos más deseos de leer y escribir, una vez que, en 1 Norte o en Errázuriz, abordaba el bus que lo devolvía a su adorada Quillota.

Para nadie es un misterio reconocer que era loco y cuerdo. Y más aun si aquel deslumbrante choque de conceptos sólo puede fusionarse de manera exacta bajo la palabra "genio". Por eso yo sueño con que sus sueños sean realidad. Ha sido imposible acá, pues un tentáculo de un universo desconocido lo agarró por la espalda y lo sumergió en un mar en el que nuestros limitados ojos no nos permiten navegar. Y como Sergio fue capaz de construir creíbles e increíbles universos llenos del mismo mundo iterado una y otra vez de manera diferente, con monstruos y monstruosidades, damas y damiselas, letras y letrados, sé que encontró la fórmula para refugiarse para siempre en ellos. Y en éste, el que nos correspondió a nosotros, permanece vivo en cada uno de los átomos de tinta que construyen sus letras y en cada una de las líneas que articulan sus párrafos.

Ahora viene lo difícil, que es lo más gratificante, como en todo aspecto de la vida: encontrar nuestra fórmula para regresar a Sergio a nuestra realidad, a nuestro universo, escuchando esa parte de sí que nos dejó como herencia. Podremos leerlo con o sin aquella taza de té, advertidos que de eso dependerá si la magia nos recrea una conversación amigable en un salón de té o si asistimos a una de sus magistrales conferencias. Esta vez no estará Sergio con nosotros, pero podremos sostener un pequeño mundo de satisfacción al interior de nuestra memoria, ya que en sus libros jamás aparecerá el bus que, en la mejor parte de la charla, nos lo arrebató y lo devolvía a su adorada Quillota.